

Reseñas

Gina Zabłudowsky (coord.), *Teoría sociológica y modernidad*, Plaza y Valdés, UNAM, México, 1998.

COMO SU TÍTULO LO INDICA, EL PUNTO de articulación de estos trabajos es la relación entre teoría sociológica y modernidad. Esta tarea, sin embargo, se realiza con matices diferentes según se trate de aproximaciones a estudiosos europeos o norteamericanos—clásicos o contemporáneos—o bien a sociólogos que desarrollaron su obra en México. Como resultado de esta doble mirada, permite una refinada aproximación a las relaciones entre sociología y la compleja problemática de la modernidad estrictamente en el plano de la discusión teórica y en el de la recepción local de la misma. La exégesis de cada uno de los autores seleccionados muestra que esa relación es central en el cuerpo de reflexiones y en sus propuestas más significativas. Con un trabajo delicado, y no siempre fácil, los autores del libro logran determinar las claves de lectura de nuestros clásicos en su reflexión sobre la modernidad; y este objetivo se logra independientemente de que lo analizado sea una teoría de la modernidad propiamente dicha. Las revisiones muestran que es posible encontrar una producción de elementos de análisis que permitan el esclarecimiento de algunas dimensiones específicas del tema. Según entiendo, esta característica es una virtud del texto, porque coloca a la propia modernidad como una preocupación que atraviesa gran parte del pensamiento sociológico, como un problema que preocupaba y preocupa. Y con ello da —otra vez— legitimidad a un tema que no pocos académicos han considerado superficialmente, sin tomar en cuenta que el desarrollo de la sociología—como el libro lo demuestra— está entreverado con el problema de la modernidad.

El libro está organizado en tres partes. La primera de ellas se ocupa de las perspectivas clásicas de la modernidad y aborda a autores cuyas obras se realizaron entre finales del siglo XIX y principios del XX.

El trabajo de Susana Ralsky reflexiona sobre la posición de Mead respecto de la relación entre individuos y sociedad, problema —como se sabe— nuclear en toda la sociología. Destaca cómo Mead reconoce la influencia de la sociedad sobre los individuos, pero también el énfasis en la potencialidad creativa de los mismos para impactar la sociedad. Influencia y autodeterminación son tratados poniendo particular cuidado en el desarrollo de la conformación del *self* como respuesta a la interrogante sobre las posibilidades, para los individuos ya socializados, de imponer su sello a la orientación de las acciones. Si bien se hace un contrapunto con la explicación de Sartre sobre la concepción del ser y con la dialéctica del amo y el esclavo en Hegel, el artículo se

concentra en una descripción detallada y clara de la propuesta de Mead para dar cuenta del desarrollo moderno del *self* en sus dimensiones de “yo”, “mí” y “otro generalizado”.

Lidia Girola, en su artículo sobre Durkheim, destaca dos ejes de reflexión para el diagnóstico de la modernidad. El primero de ellos se refiere al tema del individualismo moral como fundamento ideológico de las sociedades democráticas. Girola recupera la discusión de Durkheim frente al universalismo kantiano para defender la idea de que existen ciertos derechos individuales históricamente generados. En el segundo eje, el de la anomia, se precisa la vigencia de dos aspectos en las sociedades contemporáneas: la falta de una normatividad plenamente aceptada y la falta de límites impuestos socialmente. Estas dos ausencias acarrearán preocupantes consecuencias en términos del incremento de incertidumbre y sentimiento de futilidad, sin que conozcamos en efecto el grado en que esa característica de las sociedades modernas puede ser soportado.

José Luis Orozco y Héctor Zamitiz se dedican, en amplios trabajos, a la obra de Pareto. Establecen con toda claridad la perspectiva epistemológica a la que se adscribe el pensador: conciliar el empirismo de las ciencias naturales con el rigor lógico de las matemáticas para posibilitar formulaciones generales acerca de procesos sociales y políticos. Ambos destacan el carácter de ciencia lógico-experimental de la sociología en la visión del autor y la pretensión de evitar todo resabio esencialista a través del recurso a categorías descriptivas y métodos cuantitativistas. El artículo de Orozco examina con detalle y tino el cuerpo analítico de Pareto; describe las complicadas teorías de las acciones humanas, de los residuos, de las derivaciones y el equilibrio. En una evaluación de conjunto de la obra de Pareto, Orozco establece dos aspectos importantes: las dificultades resultantes de la abstracción y generalidad de la teoría, y la ambigüedad de la combinación entre liberalismo económico y autoritarismo político. Sin embargo, no deja de reconocer el esfuerzo de aplicar el instrumental positivista en el análisis de lo social frente a las deficiencias de las ciencias sociales en el contexto en que Pareto escribía.

A la obra de Simmel le son dedicados también dos artículos en este libro. El primero, a cargo de Francisco Gil Villegas, da cuenta del sustrato filosófico que orienta la obra de Simmel, a través del cual refleja el espíritu de época de la modernidad. En un momento, el artículo presenta a Simmel como centro de la élite “espiritual” de la época, junto con Dilthey, Rickert, Weber y otros, particularmente en Francia y Alemania; y también como una fuente de problemas comunes para sus seguidores. Reconstruye y documenta las opiniones en torno a su pensamiento por parte de sus discípulos y colegas y muestra la coincidencia entre ellas. En una segunda parte, el trabajo sistematiza las categorías del pensamiento de Simmel que representarían ese sustrato filosófico que da sentido a su teoría sociológica y a su teoría del significado de la modernidad: *vida, forma, alma, cultura, interioridad y exterioridad*. Desde una interpretación peculiar de Kant, con interrogantes sobre: “¿cómo puede ser formada la vida? [o ...] ¿cómo puede captarse en formas culturales la fluidez de la vida sin disecar la riqueza e inaprehensibilidad de la misma?” (p. 122). Respetando el estilo simmeliano, Gil Villegas recurre elegantemente a una estrategia impresionista para ilustrar el sentido de esas catego-

rías fundamentales y se apoya en el ensayo sobre Rembrandt. Como resultado de esa aproximación se concluye que la vida y las formas se excluyen recíprocamente; la vida no puede ser objeto de análisis y las formas no pueden reproducir las propiedades de la vida real. El problema de la vida escapa al conocimiento. Este conflicto perenne entre la vida y las formas encontraría una expresión aguda en la modernidad como consecuencia de la división del trabajo y el desarrollo tecnológico. Esta *tragedia de la cultura* se produce por la transfiguración de los medios en fines, “con una lógica propia, la cual acaba por oprimir a los agentes a quienes debía servir, original y supuestamente, en calidad de meros medios e instrumentos” (p. 146).

En el segundo artículo dedicado a Simmel, Ramón Reséndiz ofrece una revisión general de la sociología de este autor y algunas hipótesis acerca de las razones de su recuperación contemporánea. En el análisis se identifican nítidamente los principios estructurales utilizados como recursos ordenadores por Simmel; se destaca el concepto de asociación como el componente social central; se establecen las formas de interacción de acuerdo con el número, dualismo e intensidad, sentido de distancia, tiempo y espacio. En su reflexión sobre el resurgimiento del interés de la obra de Simmel, Reséndiz sugiere dos posibles fuentes. En primer lugar, la pérdida de validez de las grandes teorías en el marco del debate sobre la posmodernidad; y en segundo término, la renovada discusión en torno a las articulaciones entre lo micro y lo macro-sociológico.

El trabajo de Rafael Farfán sobre Tönnies discute la contribución de este autor a la constitución de la sociedad de Alemania y, a partir de ahí, establece la crítica a la sociedad desde la noción de comunidad. Entiende que la fundación institucional de una disciplina depende de la conjunción de tres condiciones: delimitación teórica de su objeto de estudio, apoyo del Estado para crear un espacio institucional para cultivar la enseñanza y la investigación, y creación de órganos especializados encargados de difundir sus ideas. Bajo esas consideraciones, Farfán sostiene que la contribución de Tönnies se manifiesta en dos vertientes: en su aporte a la delimitación teórica de la sociología como ciencia independiente y en el delicado y arduo trabajo de la docencia. Implícitamente Farfán sostiene —como la sociología— que las ideas pesan en la construcción de las sociedades, pero también las teorías.

La segunda parte del libro está dedicada al desencanto y a las críticas de la modernidad, y en ella se retoman importantes tradiciones teóricas, en algún sentido más próximas a nuestras inquietudes sociológicas.

Los artículos de Blanca Solares y Gilda Waldman ofrecen una revisión de la obra de Horkheimer. La primera presenta el desarrollo de la crítica de la modernidad en tres momentos: la fase interdisciplinaria, el esbozo de una filosofía de la historia y la hibridación de teología y teoría social. La autora defiende la idea de que este último viraje hacia una concepción religiosa no significaría necesariamente una ruptura o puesta en cuestión del punto de partida del pensamiento crítico. Sostiene que este punto inicial de la teoría crítica podría haber sido justamente un estudio hermenéutico de la religión y el arte, útil para mostrar los límites del cientificismo. El alegato que está detrás es el vínculo entre razón y modernidad, entre conocimiento y humanidad.

Este libro es sin duda un esfuerzo significativo que se realiza sobre varias rutas que competen, todas ellas, al estado e importancia de la sociología. En primer lugar, es siempre grato y halagüeño constatar la tarea de reflexión teórica que realizan distinguidos académicos y los intentos por abrir mayores espacios a ese ejercicio analítico tan descuidado por gran parte de nuestras comunidades. En segundo lugar, es siempre útil y fértil detenernos a pensar sobre los instrumentos que los desarrollos del pensamiento sociológico nos han donado, particularmente cuando la revisión se lleva a cabo —como lo hacen el libro y sus autores— desde una perspectiva del presente; como si desde hoy interrogáramos a nuestra historia cognitiva sobre sus posibilidades para explicarnos nuestras sociedades, sus dimensiones y procesos, justo porque en más de un sentido seguimos apoyándonos en esa historia. No hay mejor manera, creo, de volver a los clásicos y a los autores de importancia. En tercer lugar, es siempre sorprendente ver cómo, al pensar nuestra contemporaneidad y modernidad, el ámbito sociológico adquiere una autonomía analítica amplia y en más de un punto francamente excitante. En cuarto lugar, es siempre intelectualmente estimulante percibir la pasión con que se entabla el diálogo con las distintas posiciones teóricas, porque a través de éste se refleja la seguridad de la potencia del pensamiento sociológico, el convencimiento de su capacidad eurística y analítica, en forma abierta y crítica. Estas cuatro dimensiones son, sin duda, características que impregnan la textualidad general del libro pese a sus divisiones internas.

El análisis del pensamiento de Horkheimer presentado por Gilda Waldman, por su parte, pone el acento en la lógica de la dialéctica negativa. Como factor que permite una crítica “despiadada y desolada a un mundo que había traicionado su propia conciencia de humanidad” y al mismo tiempo la anticipación de la utopía y el compromiso con lo diverso.

Víctor Alarcón ofrece una revisión de la obra de Karl Mannheim, atendiendo fundamentalmente a sus contribuciones a la sociología del conocimiento. Contextualiza la obra en cuatro etapas para dar cuenta de las influencias recogidas en su tránsito: en Hungría con Lukács, en Heidelberg con Alfred Weber, en Frankfurt donde tiene contacto con las figuras del Instituto de Investigación Social; y finalmente en Inglaterra donde tiene lugar su exilio. El trabajo contribuye a entender el carácter integracionista de la teoría de Mannheim y su vocación por encauzar prácticamente el conocimiento.

La tercera y última parte analiza el desarrollo de la sociología en México durante los primeros cincuenta años del siglo XX. El trabajo de Alfredo Andrade, que aborda la cuestión de la modernidad, establece la ubicuidad de este concepto, a modo de “axioma, premisa, conclusión o corolario”, en las discusiones acerca del desarrollo del país. Identifica dos tradiciones de pensamiento preponderantes en el periodo, la positivista y la humanista, y analiza su producción a través de una revisión de los artículos publicados en la *Revista Mexicana de Sociología*. Los positivistas, principales promotores de la sociología en México, se habrían interesado en esta disciplina como un tipo de conocimiento adecuado para apoyar el desarrollo de México. En este marco se desarrollan trabajos de investigación sobre los grupos étnicos, como una forma de expresión del compromiso con su posible integración cultural y económica. Por su parte, la tradición

humanista, plasmada en los trabajos de Medina Echeverría, José Gaos y Siches, también encuentra expresión en la *Revista Mexicana de Sociología*.

Gina Zabłudowsky da cuenta de la recepción de la obra de Weber en México entre los años 1939 y 1964. Para ello revisa los artículos aparecidos en la *Revista Mexicana de Sociología*, en los *Cuadernos Americanos*, las traducciones de Weber al español y los libros en torno a sus ideas en ese periodo. De esta manera, muestra que en la década de los cuarenta las contribuciones más importantes al conocimiento de Weber serían responsabilidad de españoles que llegaron a México a consecuencia de la guerra civil. Estos intelectuales españoles serán quienes impulsen la traducción de las obras de Weber y se esforzarán por revertir las interpretaciones restringidas de su pensamiento —la idea de Weber como el teórico de la ética protestante y como el científico libre de valores. La autora constata que este impulso desarrollado durante los cuarenta no fructificará ni en esa década ni en la siguiente. Las referencias a la obra de Weber resultan escasas. La explicación de este desinterés reconoce su origen en una particular recepción de la obra de Parsons a través de sus críticos; en la descalificación del trabajo de Parsons y en una absurda identificación de éste con Weber. Otros posibles motivos de este desinterés residirían en la debilidad de la comunidad local de sociólogos; en la preocupación preponderante en la conexión entre la práctica sociológica y la respuesta a los problemas de los indígenas y el campesinado; y en la falta de referencias a las problemáticas locales en la labor intelectual de los españoles, quienes no habrían encontrado interlocutores mexicanos. En la década de los sesenta, se traduce *Economía y sociedad* al inglés y la selección que se ofrece permite una apreciación nueva de la obra de Weber en un plano mundial y una interpretación despersonalizada. Sin embargo, a contrapelo de esta tendencia mundial, en México y América Latina las visiones prejuiciadas se exacerban en el marco establecido por el predominio de un marxismo dogmático que descalifica a Weber y a otros —como parte de la sociología burguesa. El trabajo muestra que el problema de la recepción está también marcado por los horizontes de culturas intelectuales y políticas.

Finalmente, el trabajo de Víctor Alarcón, dedicado a José Medina Echeverría, ofrece un análisis que se concentra en los trabajos más importantes de este sociólogo. Se hace hincapié en la pretensión de Medina de articular la reflexión filosófica de alcance general con el recurso a técnicas de investigación empírica.

En conjunto, el libro pone a disposición un enorme arsenal de ideas, reflexiones y conceptos sociológicos que están íntimamente conectados con las formas en que pensamos la modernidad, entendemos el quehacer y el desarrollo de la sociología y hacemos uso de la teoría. Se trata de un esfuerzo refinado que denota un profundo conocimiento de importantes tradiciones intelectuales las cuales, pese a su escasa recepción en muchos casos, todavía están ahí y no pocas veces son ellas las que nos interrogan. Quien lea el libro así lo entenderá.

*René Millán Valenzuela**

* Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.